

## ESPIRITUALIDADES FUERA DE LAS FRONTERAS

*Fuera de las fronteras del catolicismo, "extra muros" de las Iglesias cristianas e incluso al margen de las religiones, surgen y se desarrollan hoy experiencias espirituales que muchas veces, sin saberlo, hunden sus raíces en el cristianismo. Dejadas a sí mismas, dichas experiencias a veces caen presa de movimientos aberrantes de espiritualidad o simplemente se pierden por vericuetos sin salida. El autor del presente artículo da a conocer algunas de esas experiencias paradigmáticas, se pregunta por qué nacen y crecen al margen de la Iglesia y de la revelación cristiana, y propone algunas reflexiones para acompañar en su marcha, osada pero incierta, de esos nuevos buscadores de sentido.*

*Spiritualités hors frontières, Études 386 (1997) 231-238.*

En todos los tiempos hombres y mujeres han dado testimonio de una experiencia espiritual. Se remitían con ello a una dimensión trascendente de su experiencia humana. Más allá de lo que sentían en sus actividades, en sus sufrimientos y en sus alegrías, se les manifestaba algo o alguien a quien no acertaban a nombrar, pero cuya presencia les resultaba más cierta que cualquier otra evidencia.

Las grandes ideologías de comienzos de siglo lanzaron sobre esa experiencia la sospecha de ilusión. El escepticismo y la indiferencia se cebó en esos buscadores de sentido que se obstinaban en trascender la experiencia inmediata. Pero ellos están siempre ahí, en sitios en los que no se les esperaba, en los contextos más marcados por la modernidad, surgiendo de un pensamiento secularizado, sorprendidos ellos mismos de lo que viven.

¿Es que asistimos a un resurgimiento espiritual que recordaría a los grandes convertidos - Charles de Foucauld, Claudel, Maritain...- del paso al siglo XX? No exactamente. Pues la experiencia de esos hombres se expresó en referencia a una tradición cristiana.

### **Cambio radical de perspectiva**

Hoy no sucede lo mismo. Muchos de los que dan testimonio de una experiencia espiritual no la refieren espontáneamente a una tradición religiosa. Esto es lo nuevo. Místicas sin credo y sin Iglesia plantean problemas nuevos.

Ricos en experiencias humanas de todo tipo, un día quedaron impactados por la insignificancia y la vaciedad de la vida que llevaban. Una vida exitosa según los criterios corrientes, pero, para ellos, vacía de sentido. Y esto se les imponía con tal fuerza que no concebían ya una vida así, vacía de sentido. Por esto rompieron con su pasado. Bastantes se fueron a otra parte para vivir allí una vida más simple, más pobre, más silenciosa, dedicada a menudo a una tarea humilde: ayuda humanitaria, vida semieremítica, etc. En el corazón de esta "conversión" dejaron que el silencio se instalase en ellos y oraron sin saber a quién se dirigían. Realizaron lo que, en lenguaje

cristiano, se denomina una experiencia mística. Así Pierrette Brés, al evocar las semanas que transformaron su vida, cuando, en pleno éxito, huyó a Jerusalén sin casi saber lo que iba a buscar allá, si no es otra vida, escribe al pie del Muro de las Lamentaciones:

"Como impulsada, poso las manos sobre la piedra, sollozo, la frente apoyada contra el Muro, sin poder contener las lágrimas, lágrimas que vienen de lejos, de lo más hondo de mi memoria, de lo más íntimo de mi carne. Imploro "Su" perdón, le pido Su amor y Su ayuda. Me embarga el sentimiento de haber encontrado por fin el brazo de mi Padre, el solo y único, el Padre creador. Ruego también para que Él me dé la fuerza para perdonar a los que me han hecho daño y para que ellos me perdonen el daño que yo les he hecho. Sí, le suplico a Dios que me dé la Paz" (*Les Chevaux de Dieu*, 1996, p. 161).

Unas páginas más adelante, confesando que necesitó diez años para poder hablar de ello -¡tanto temía pasar por una "loca mística"!- escribe:

"Yo bañaba en *su* luz mi espíritu, súbitamente penetrado por esa luz extraordinaria que sólo Dios puede difundir en nuestras almas, cuando se dirige a nosotros. (...) En un flash fulgurante el conocimiento intuitivo me ha penetrado. Estoy en el corazón de la verdad: sé, aunque no pueda demostrarlo con palabras. Contemplo el misterio de la Creación y yo soy uno de esos polvos de estrellas que forman parte integrante de ella. (*ibid.*, pp. 193-195)

### Un don de otro origen

Sin saberlo, Pierrette Brés reproduce en su relato lo que Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios* denomina "consolación sin causa precedente" (Reglas para discernir espíritus; Segunda semana, 2ª regla). Este sentimiento de una presencia que renueva lo más íntimo de sí mismo se percibe como un don que viene de otra parte. Se trata de algo que no es el resultado de una sabiduría adquirida laboriosamente. En su libro *La Traversée* (1996), Philippe Labro cuenta lo que vivió en una UVI. Su relato recuerda algunas de las experiencias descritas por el Dr. Mooney en *La Vie après la vie*, pero lo nuevo aquí es que no se trata sólo de impresiones sobre un eventual más allá, sino de una verdadera conversión. Dice así en el capítulo que titula *Naitre une deuxième fois* (Nacer por segunda vez):

"Será necesario que lo que he dicho y hecho por orgullo, narcisismo, egoísmo, impaciencia, negatividad, lo deshaga y lo rehaga luego echando fuera todas las manifestaciones de mi ego. Y que sustituya el orgullo con un poco de modestia, el narcisismo con un poco de generosidad, la impaciencia con un poco de serenidad, la negatividad con un poco de optimismo. Pienso que resultará fácil. Será incluso como volverse niño" (p.200).

Nuevo nacimiento, espíritu de niño: sin aludir explícitamente al Evangelio, Philippe Labro evoca el diálogo entre Jesús y Nicodemo.

Pero ¿con quién hablar de esa experiencia que le cambia a uno de arriba a abajo? ¿Con quién compartir esa iluminación? Pues uno experimenta que no se la puede guardar. Es entonces cuando comienza una larga y dolorosa búsqueda. El mundo de ayer no ha cambiado. Y, no obstante, ¡todo es nuevo! ¿Qué hubiera sido de Pablo, cegado por el

encuentro con Dios, si no hubiese sido acogido por Ananías y por la pequeña comunidad de Damasco?

### **¿Dónde encontrar a Ananías?**

¿Dónde encontrar hoy a un Ananías, para poder con él expresar y robustecer lo que se ha vivido? La mayoría no lo buscarán espontáneamente por el lado de las grandes Iglesias. Pierrette Brés pensó en ello, a su vuelta a París, pero enseguida lo descartó. Uno lo lamenta al leer las últimas páginas de su libro. La gente de Iglesia parecen ajenos a ese tipo de experiencias, preocupados como están de administrar una religión con su doctrina y sus ritos. Y muchos de los que se han dirigido a ellos se han sentido tan incomprendidos por ellos como por el mundo en que vivían. Sólo los monasterios han sabido acogerlos. Por un tiempo. ¿Y después? Quedan los omnipresentes gurús, que se muestran acogedores y proponen caminos.

De ahí el éxito de las revistas y las editoriales especializadas en la experiencia interior, con riesgo de proponer itinerarios cuya seducción corre parejas con las decepciones que provocan. Lo mismo sucede con las promesas de grupos sectarios cuyo radicalismo puede antojarse que está en consonancia con la conversión apetecida. ¡Qué triste resultado ver cómo experiencias auténticas se pierden por vericuetos inextricables! Como si la acción del Espíritu nunca o demasiado raramente diese con los caminos de Cristo.

¿Por qué esa descalificación de las Iglesias cristianas y en particular del catolicismo en la búsqueda espiritual? Hay múltiples razones. Habría que culpar de ello al racionalismo antimístico que ha marcado al catolicismo francés tras la famosa querella Bossuet Fenelón. Pero cabe preguntarse también si el Dios de la revelación cristiana no adolece del desprestigio que ha sufrido la figura del Dios bueno y todopoderoso que permaneció mudo ante Auschwitz. Más que el de tal o cual representante suyo, el silencio de Dios ante el exterminio de su pueblo ha planteado una pregunta tremenda a todos los creyentes, que los escritores judíos Wiesel y Jonas han expresado con vigor. Ella marca la obra teológica de teólogos cristianos como Moltmann y está presente en nuestro subconsciente a través de numerosos testimonios literarios. ¿Somos conscientes de cómo ella resuena en el espíritu de nuestros contemporáneos y de cómo urge purificar nuestro concepto de Dios de todas las ambigüedades en las que le tenemos cautivo?

### **Espiritualidades laicas**

A propósito de la evangelización en nuestras sociedades secularizadas, la última Congregación General de los jesuitas constataba: "La vida espiritual de los seres humanos no ha muerto; simplemente se desarrolla fuera de la Iglesia". Y habría que añadir, en algunos casos: y fuera de la religión. Prueba de ello, el éxito del budismo en la forma secularizada como se desarrolla en Occidente. Resulta el intento más radical de proponer una espiritualidad suprimiendo lo religioso.

Otro intento es el de Luc Ferry con su libro *L'Homme-Dieu ou le sens de la vie* (El Hombre-Dios o el sentido de la vida, 1996). Su éxito es significativo y muestra la connivencia que existe entre su búsqueda y las aspiraciones de muchos de nuestros

contemporáneos. Agnóstico, formado por un cristianismo que deja tras sí sin resentimientos, Ferry presenta una visión de lo sagrado que quiere ser secularizada. La trascendencia deja el cielo y se sume en las relaciones horizontales: en lo humanitario. Reconocer a Dios presente en el corazón de nuestra condición humana, situar la dimensión religiosa en las relaciones fraternas ¿no es éste un proyecto cristiano? ¿Privado de su referencia a Cristo y a la Encarnación, ¿conserva aún un valor de trascendencia capaz de dar sentido a la vida humana? Preguntas éstas que Ferry no se plantea. Pero, desmarcándose del cristianismo al proponer las más profundas intuiciones, refleja el clima espiritual de nuestro tiempo.

Más cercanas al Evangelio, las teologías literarias que se desarrollan desde Christian Bobin a Sylvie Germain, continúan siendo teologías sin Iglesia y sin revelación. El Evangelio funciona en ellas un poco como el mito en el que uno encuentra la expresión de su experiencia espiritual. Pero nada indica que se apele a una participación comunitaria en la obra de Cristo. De nuevo, los caminos del Espíritu no se cruzan con los de Cristo y de su Iglesia. Entonces ¿qué hacer?

### **Respuestas y caminos**

Durante siglos nuestra pedagogía espiritual se ha apoyado sobre una tradición, recibida y transmitida, que se trataba de abrir a la experiencia espiritual. Éste es el caso de los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola. Y, hasta hace poco, el de la catequesis y la formación moral. Se partía de una tradición recibida para intentar hacer vivir una experiencia.

Es así como hemos quedado desarmados ante una experiencia que posee su valor, pero que no dispone de puntos de referencia para comprenderse y desarrollarse. ¿Qué es lo que me pasa? ¿Esta experiencia soy el primero en tenerla? ¿No me aventuro en un camino que me va colocando más y más al margen de todo y que puede conducirme a la soledad y a la locura? Preguntas angustiosas que asedian rápidamente a los nuevos buscadores de sentido y que les hacen llamar a todas las puertas fuera de las que poseen una tradición espiritual capaz de responder a sus expectativas. ¿Por qué?

Porque, demasiado a menudo, damos respuestas cuando lo que se nos pide son caminos. Los que, desde horizontes muy diversos, se ponen en marcha, al soplo del Espíritu, no esperan que les ofrezcamos un puerto bien resguardado. Justamente ellos han soltado amarras y se han hecho a la mar. Saben que la travesía será larga. Y no nos piden que les describamos el puerto, sino que les acompañemos en una ruta cuyo término desconocen, pero que saben que existe y que les hará descubrir lo mejor de sí mismos y el sentido de la aventura humana. Lo que esperan son compañeros de búsqueda y no un muestrario de certezas. Y lo que desearían es encontrar los magos que siguen la pista de la estrella y no los escribas de Jerusalén, que ellos sí que saben. Las Iglesias de Occidente ¿no presentan demasiado a menudo el rostro de los escribas de Jerusalén?

Ocupados en las verdades que hay que transmitir, somos poco sensibles a la situación de los que no nos preguntan lo que hay que creer, sino qué es creer. Estamos anclados en la tradición que hay que transmitir, cuando lo que haría falta es acompañar un nacimiento. Pero ¿quién de nosotros es tan libre en su fe para aventurarse en lo nuevo con una fidelidad creadora al don que ha recibido?

## Experiencias para ser vividas

No se trata de hacer tabla rasa de la tradición para encontrar una fe viva, sino de redescubrir que las verdades cristianas son ante todo experiencias para ser vividas. Si nuestros contemporáneos se muestran alérgicos al esplendor de la verdad, no es por desprecio o desinterés. Lo que sí desean es descubrir por sí mismos su poder de reconciliación. Ellos van a los testimonios, a las ascesis que les ayudan a vivir, que les reconcilian consigo mismos, con sus semejantes y con el mundo.

¿Cómo sorprenderse, entonces, del fenómeno de las religiones a la carta? No se trata sólo de un reflejo de la sociedad de consumo. La cuestión del sentido es eminentemente personal: toca a cada uno. Imposible, de entrada, dar la confianza a una autoridad, sea cual fuere. Es necesario que cada uno experimente el camino. ¿Orgullo? Es posible. Pero ¿no será también, implícitamente, fidelidad al Espíritu, que "escribe derecho con líneas torcidas" y conduce a cada cual por su camino personal? Antes de acusar a nuestros contemporáneos de sincretismo o de liberalismo espiritual, preguntémonos si no estamos más atentos al color ideológico que al proceso interior.

Antes de ser verdades que hay que creer, los misterios cristianos son experiencias que hay que vivir. El encuentro con Cristo es una experiencia de salvación: "¿A quién vamos a acudir? Tú dices palabras de vida eterna." (Jn 6,68). Al hablar de la Trinidad, la Iglesia no ha presentado un teorema dogmático que hay que admitir. Lo que ha pretendido es dar cuenta de lo que viven sus fieles. Es el testimonio de la Escritura el que les hace ver a Dios como Padre, Hijo y Espíritu, sin que puedan confundir ni separar estos tres rostros. Es lo que la teología traduce, al hablar de la comunión de tres personas unidas en la perfección del amor. Pero, para quien no ha hecho esta experiencia, el dogma de la Trinidad seguirá siendo letra muerta, sin significado espiritual.

## Místicas solidarias

El testimonio espiritual más cercano a muchos de nuestros contemporáneos continúa siendo el de los místicos. Hay que distinguir bien entre las místicas cristianas y las místicas gnósticas que se proponen a nuestros contemporáneos. Las místicas cristianas son *místicas solidarias*, para las que la búsqueda de Dios se vive en solidaridad profunda con las luchas, los sufrimientos y las alegrías de sus hermanos. Si el martirio de los monjes de Tibhirine causó un impacto tan grande en la opinión es porque ellos eran humildes buscadores de Dios que compartían sufrimientos y riesgos con las poblaciones en medio de las cuales vivían. ¿Por qué la comunidad de Taizé irradia tras casi una cuarentena de años? Porque permanece fiel a la intuición de los orígenes, profundizada al hilo de los acontecimientos, de querer unir "Lucha y contemplación", como reza el título de una de las obras de Roger Schutz.

Dejémonos interrogar por las espiritualidades de fuera de las fronteras. Ante todo para ampliar el espacio de nuestras carpas. El Espíritu sigue en acción y no sabemos por dónde sopla. Reemprendamos el camino de la aventura espiritual, con sus riesgos y su incomparable novedad. Ella hará que nos encontremos con mujeres y hombres venidos

de horizontes distintos por sendas insospechadas. Para los peregrinos del sentido, existen exigencias que hay que respetar, pero no hay fronteras.

**Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA**